

cerciorado de que ella existía aun y era asimismo habitable, desaparecían para volver después en mayor número, hasta que á los ocho días llegaba toda la bandada, compuesta de unos 150 individuos. Apenas es menester observar que muchas de estas aves perecen si después de su vuelta, como no pocas veces sucede, el frío se recrudece aun por algunos días, ó bien cae una nevada copiosa. Reinhard asegura que á fines de abril del año 1860 había podido recoger unos 23 vencejos alpinos que halló muertos después de una abundante nevada en las galerías y maderamen de la torre de la catedral de Berna; pero que no podía naturalmente precisar el número de aquellos que perecieron de hambre y de frío en escondrijos del todo inaccesibles, así como tampoco el de los otros que, caídos desde las mas elevadas regiones de la atmósfera, habían ido á morir lejos de la citada catedral.

Hace algunos años, Girtanner encontró á principios del verano en el monte Rosa, cerca de San Gall, un vencejo alpino que yacía en el suelo sumamente rendido y demacrado: probablemente el ave había subido á aquellas alturas en busca de alimento desde los Alpes de Appenzell, cubiertos de una sábana de nieve recién caída. La época de la partida de estas aves hacia el sur, es determinada, lo propio que su vuelta en primavera, por las condiciones atmosféricas y alimenticias, y cae entre mediados de setiembre y principios de octubre. En el año 1866 abandonaron la catedral de Berna á primeros del último mes citado, y en el de 1867 á 7 del mismo; por el contrario, en el 12 de octubre del siguiente año, se encontraban aun estas aves en la citada catedral, por mas que hubieran padecido tanto á causa de la nieve y del frío, que otra vez volvieron á hallarse muchas de ellas muertas de hambre. En una carta que en fecha 13 octubre de 1869 dirigió á Girtanner y que este tuvo la amabilidad de dejarme leer, Reinhard describe del siguiente modo la partida de las aves: «A las siete de la mañana del día 7 de este mes, los vencejos alpinos emprendieron su viaje al Africa. Unos cuantos días antes de marcharse, todas las mañanas y casi á la misma hora se les veía abandonar la torre y remontarse á tal altura, que no era posible divisarlos sino con el auxilio del anteojo; reuníanse en aquellas elevadas regiones formando círculo y no cesaban de revolotear hasta la puesta del sol, en cuya hora descendían otra vez para descansar y dormir. Durante estos días, á diferencia de lo que antes acontecía, pasaban la noche en profunda tranquilidad y silencio, siendo ello motivado, sin duda, por el cansancio que naturalmente debía seguirse á tan continuado vuelo. En los años anteriores algunos de ellos continuaban aun revoloteando al rededor de la torre después que la mayor parte habían ya marchado; pero en el presente no ha sucedido lo mismo, habiendo desaparecido todos el 7 de octubre, sin que se hubiera vuelto á ver ningun otro en lo sucesivo.»

Durante sus peregrinaciones, el vencejo alpino traspasa con frecuencia los límites septentrionales de su dominio, pues se le ha visto repetidas veces en el norte de Alemania, en Dinamarca y en las islas Británicas. El día 8 de junio de 1791, Bechstein le vió en la floresta de Turingia; el profesor Bromirski pudo cogerlo en la torre de Wittstock el 22 de marzo de 1841; el 15 de setiembre de 1849, se le mató de un tiro en las inmediaciones de la ciudad de Coburgo; uno fué arancado de las garras de un halcón emigrante, que fué muerto cerca de la cueva de San Blas, y finalmente otro que, según Eugenio de Homeyer, se conservaba antes en el museo de Rostock y que fué destruido por la polilla, había sido matado en Mecklenburgo. Vorggreve duda, aunque sin fundarse en razon alguna, que el vencejo de los Alpes aparezca en los citados lugares, admitiendo únicamente que pudiera haber sucedido así tan solo en casos raros: pero no

cabe duda que el observador citado no ha recorrido aquellas comarcas. Las noticias dadas por Bechstein son tan precisas, que no se puede menos de dar crédito á lo que nos dice este excelente observador y que á continuación reproducimos.

«Las tres aves (los vencejos alpinos) continuaron volando á mi alrededor á tan corta distancia y por tan largo tiempo, dice Bechstein, que pude distinguir con bastante precision, así su tamaño como su color, y era, por consiguiente, imposible que las confundiera con el vencejo comun. ¡Lástima que no tuviera en aquellos momentos una escopeta en mi poder! La voz de las tales aves consistía en un *scri scri* claro, vibrante y sonoro; desde entonces no las pude ya ver mas.» No son menos positivas las demás noticias que sobre el particular poseemos, y solo parece no serlo la que nos da Gloger tocante al vencejo alpino en la cordillera de los Gigantes, confundiendo probablemente con el vencejo comun, que, según mis observaciones, anida en las hendiduras de los peñascos de aquellas montañas. El vencejo alpino fué tambien muerto en Helgoland, y es probable que, sin ser notado, cruce volando la Alemania mucho mas á menudo de lo que pudieran suponer los ornitólogos. Durante su viaje de invierno va mucho mas lejos que cuando se dirige al norte: como su congénere atraviesa toda el Africa; encuéntrasele en las regiones del sur y del sudoeste, lo mismo en el cabo de Buena Esperanza que en el país de los namaqueses, y revolotea tan alegremente en la montaña de la Tabla como sobre los mas altos picos de la cordillera de Santis. Jerdon halló millares de estas aves, que se habían establecido cerca de las cataratas de Gairsoppa en unos peñascos que se levantan como á 300 metros de altura sobre el nivel del valle; al decir del citado observador, todos los vencejos que van errantes sin tregua ni descanso por el sur de la India, reúnen en este sitio para pasar la noche.

«Tan creídos están los habitantes de la isla de Capri, dice Bolle, de que el vencejo alpino pasa el invierno en los barrancos de la isla, en lugar de cruzar el mar, como lo hacen otras aves, que nadie sería bastante á convencerles de lo contrario; pues á no ser verdadera su antiquísima creencia, dicen aquellos buenos isleños, quienes en punto á zoología saben tanto como Aristóteles, que esta ave no cazaría durante el día tan crecido número de moscas para llevarlas á las grietas de los peñascos, aun después que estas fueron ya abandonadas por sus pequeños. Lo mismo opinan los habitantes de Montserrat, los cuales hacen cabal distincion entre el vencejo alpino, al que dan el nombre de *falsa blanca*, y el negro ó comun que denominan *falsa negra*; y sostienen que el primero mora durante todo el verano en las paredes de las peñas de dicha montaña, mientras el segundo emigra con perfecta regularidad. Tales y tan preciosas indicaciones me hicieron aquellos habitantes tocante á la partida y llegada del vencejo comun, que á la verdad me parece deben ser tenidas en consideracion las concernientes al vencejo alpino. No es ciertamente imposible que este pase el invierno en España, pues en ella permanece durante la citada estacion el cotilo de las rocas (*cotylorupetris*), que comparte á menudo su morada con el vencejo alpino, y como tendré ocasion de notar mas tarde, aun en el mes de noviembre observé el comun en el sur del país. Si los datos de los moradores de Montserrat fueran ciertos, entonces quizás se referirían, no á los vencejos alpinos que durante el verano anidan en las paredes de las rocas de aquel monte, sino á otros que llegados del norte, vinieron á buscar abrigo en las quebraduras de aquellas, cuando las habían ya abandonado los primeros para trasladarse á las regiones meridionales del Africa. No nos faltan motivos para dar á nuestra ave el nombre

de vencejo alpino, por mas que en ningun sitio de los Alpes sea tan comun como en las comarcas del sur, en algunos de cuyos puntos se reúne á veces en numerosísimas bandadas, al paso que en aquella cordillera es en todas partes mucho menos numeroso. Girtanner enumera una serie de lugares á donde va á anidar regularmente esta ave: según su opinion, en todas y cada una de las mas elevadas sierras de Suiza se encuentran establecidas algunas colonias; pero donde se presenta en mayor número, es en la region meridional de los Alpes, especialmente en el Valais. Conócense varios sitios donde fabrican estas aves sus nidos, en el Hasli superior, en Gemmi, en Pletschberg, en los peñascos del Entlibuch, en los del valle de Urbach, en el canton de Berna, y en varios desiertos pedregosos del valle de Heremance. Los vencejos alpinos se encuentran menos frecuentemente en el este de Suiza que en el oeste y en el centro; sin embargo véense tambien algunos en el canton de los Grisones y en los montes de Appenzell. En el Tirol y en la Carintia anidan tan solo en algunos sitios; pero no lo hacen, que yo sepa, en las mas elevadas montañas de Baviera, y se agita mucho la cuestión acerca de si es verdad que se les haya encontrado empollando en Alemania. Además de las paredes de las rocas, entre las que prefiere aquellas que se hallan á orillas del mar ó en sus inmediaciones, habita tambien nuestra ave los edificios elevados, á donde vuelve todos los años con la constancia y terquedad propia de todos los cipsélidos, después de haberse establecido una sola vez en ellos. Entre los sitios escogidos para construir el nido, citaremos como principales las iglesias de Berna, Friburgo y Burgdorf, las torres de Portugal, especialmente las de la provincia de los Algarbes, las mezquitas de Constantinopla y algunos monasterios construidos en puntos elevados en Crimea.

Aunque los usos y costumbres del vencejo alpino se asemejan en lo esencial á los del comun, sin embargo difieren notablemente de los de este bajo diversos puntos de vista. Muchas son las noticias que, sobre todo en los últimos tiempos, nos han facilitado varios naturalistas alemanes, ingleses é italianos, respecto del modo de vivir de esta ave, siendo las mas interesantes entre todas ellas las contenidas en dos preciosísimas descripciones que nos han dejado Bolle y Girtanner y de las que extractamos lo siguiente:

«Luego después de su llegada al país donde acostumbran hacer cria, dice el perspicaz observador últimamente citado, los vencejos alpinos comienzan á construir nidos nuevos ó á restaurar los que antes tenían. Como les es difícil levantarse nuevamente del suelo en que nunca se posan sino de mala gana, recogen los materiales para su nido en las regiones del aire: estos consisten en paja, heno, hojarasca y demás objetos que flotan en la atmósfera á merced del viento, y que estas aves atrapan al vuelo. Procuráanse tambien otros materiales, volando rápidamente hasta rasar la superficie del suelo y del agua, ó agarrándose á los muros donde es posible recoger algo. La argamasa con que unen todos estos materiales para formar su nido, no han de sacarla del suelo, como sus congéneres las golondrinas; llévanla constantemente consigo, y consiste en una sustancia viscosa, semi-líquida y semejante á una solucion de goma saturada, la cual segregan sus grandes glándulas salivales. A pesar de mis esfuerzos para obtener uno de estos nidos, que fuera sacado de la montaña, no me fué dable conseguirlo, de modo que todo cuanto sé respecto de ellos y de su formacion, lo debo al exámen comparativo de los seis que tiene en su coleccion el Dr. Stolker, procedentes de la torre de la catedral de Berna.

«Lo primero que llama verdaderamente la atencion en tales nidos, es su extraordinaria pequeñez, atendido el tamaño del ave: afectan por lo comun la forma de una taza redonda, de

0",10 á 0",12 de diámetro en el borde superior, de 0",04 á 0",06 de altura y 0",03 de profundidad ó hueco. Para que se acomoden perfectamente á nuestra ave, es preciso que apenas tengan hueco, de lo contrario esta, con sus largas alas y cortas patas, no podría posarse convenientemente en ellos ni alcanzar al fondo de los mismos. Son tan pequeños, que llegan á desaparecer por completo de la vista, cuando contienen en su cavidad al macho y á la hembra ó á los varios hijuelos de estos. Sin embargo, á pesar de su poca capacidad, tienen casi la suficiente para poder albergar un ave de tan escaso tamaño como es el vencejo alpino, y por otra parte, tanto los viejos como los jóvenes saben cogerse perfectamente con las uñas á los nidos para evitar el caerse. Deshaciendo con cuidado uno de ellos, se viene á conocer que están contruidos del modo siguiente: después de haberse extendido una capa de saliva sobre la superficie de la viga, hueco del muro, hendidura de la peña, etc., en que debe construirse el nido, colócanse encima de dicha capa hojas, paja, yerba seca y otros materiales parecidos, y se hallan estos tan fuertemente adheridos á la saliva viscosa, que cuando se saca el nido, siguen tambien con él pequeños fragmentos de la viga corrompida. Las hojas, briznas y demás de que se compone el nido, están dispuestas, parte en forma circular, y parte entretrejidas; el borde inferior se compone de tallos fuertes y estrechamente entrelazados; pero como debe ser proporcionado á la capacidad del agujero donde el nido se construye, el ave se ve con frecuencia obligada á abandonar la forma original redonda de este para darle otra diferente. Sobre estos materiales así dispuestos y pegados á la saliva, va continuando el ave la construccion de su nido. Cuando este se halla apoyado solo por uno de sus lados, se adhiere tambien á la sustancia viscosa; pero en este caso, á juzgar por los nidos que tengo á la vista, se compone exclusivamente de tallos de yerba, brácteas y plumas de vencejo alpino unidas por un entretrejido sumamente espeso: muy raras veces contiene pedazos de papel, raíces y otros materiales parecidos. El borde superior consiste en tallos de yerba y plumas dispuestas en forma circular, semicircular ó angulosa, según las circunstancias, y no se descubre nada que tapice la cara interna ó hueco. Cuando los citados elementos constitutivos del nido no están sólidamente unidos unos con otros, entrelázase con ellos una pluma de vencejo alpino y se aglutina el todo con la susodicha saliva. Esta se aplica principalmente á los bordes superior é inferior y á toda la superficie del borde interno de la cavidad, y como se solidifica rápidamente en contacto con el aire, viniendo á convertirse en una masa dura y brillante, el nido adquiere de este modo una extraordinaria consistencia.

«En la base de uno de estos nidos se halla empotrado, excepcion hecha de las alas, un pequeño vencejo alpino, cuyo cadáver se adhiere tan perfectamente á la masa mucilaginosa, que aun se ve su boca, en extremo abierta, estar rellena de heno, paja, etc. Este hecho no se explica, sino teniéndose en cuenta que una avecilla de uno de los años anteriores cayó de un nido, y habiéndose quedado muerta y disecada en el mismo sitio donde mas tarde quisieron anidar otras aves, vino á constituir la parte mas inferior del nido de estas. Fatio ha podido observar que el vencejo alpino, para completar la construccion de su nido, utiliza con frecuencia las puestas de los gorrones que anidan en las cercanías, y lo prueba el hecho de haberse encontrado uno cubierto en algunos puntos de su parte exterior de una capa amarilla y de grandes fragmentos de cáscaras de huevos de aquellas aves.»

Yo quiero observar aquí que el vencejo comun guarda muy poco miramiento á las nidadas de otras aves, por lo que no sería nada extraño que el alpino hiciera lo mismo, es decir,

que se apropiara el nido construido por un gorrion, lo tapizara de una capa de saliva, y en el acto de aglutinar los materiales, rompiera los huevos, sin necesidad de sacarlos de ningún nido vecino.

Generalmente á principios de junio, y á menudo antes de esta fecha, el vencejo alpino tiene ya casi terminado su nido, y la hembra comienza á poner desde luego un huevo cada dos días, hasta llegar al número de tres ó cuatro. Estos huevos, segun Girtanner, son siempre de un color blanco de leche, sin brillo alguno, y así á la vista como al tacto parecen como modelados en yeso. Su estructura es medianamente fina: nótese en su extremo mas grueso capas calcáreas mas gruesas que las del resto, y presentan por todas partes un regular número de poros. Son de forma prolongada, hasta terminar en punta, ó casi del todo oval: diez que Girtanner escogió y midió entre cuarenta, tenían de 0",029 á 0",033 de largo por 0",019 á 0",022 de ancho; y como un diámetro aumenta en la proporción que el otro disminuye, resulta que el contenido y peso del huevo son casi siempre iguales. El



Fig. 93.—EL VENCEJO ALPINO

de la ciudad de Ischia, y es posible que se hayan establecido en todos los cabos de la isla. Colocado en la cima de la *Punta del Emperador*, que forma el escollo de la parte occidental de la isla, en este sitio admirable por sus espumosas rompientes, atestado de restos de lava, desde el cual se descubre á lo lejos el cabo Circe y las islas Ponza, estaba contemplando extasiado las bandadas de vencejos alpinos que rasaban volando la tersa superficie de las aguas. No sé si á causa de una ilusión óptica, esto es, porque la luz se refractara de un modo especial al través de su plumaje ó bien porque volando oblicuamente, presentasen la parte inferior de su cuerpo algo vuelta hácia arriba, lo cierto es que al levantarse sobre el azul oscuro de las ondas, me parecían ser de un color blanco de plata. Mas tarde volví á encontrar en la isla de Capri á las aladas hijas del aire, las cuales saludé como á antiguas amigas; pues ellas fueron mi única compañía en las horas de soledad que pasé en aquel sitio. Ora se marche por el estrecho borde de los gigantescos peñascos, ora se bogue junto á su pié azotado de continuo por las olas, en todas partes se ve uno rodeado de bandadas de estas aves, las cuales forman numerosas colonias alrededor de la isla. No una vez, sino muchas, he pasado largas horas sentado en el escollo oriental de la isla, que con las ruinas del palacio imperial evoca en la memoria el solitario y sombrío fantasma de Tiberio; y cuando desde aquí apartaba la mirada del sereno y lejano horizonte, en cuyo fondo se destacaban el Vesubio y el Somma, junto con el cabo de Minerva y el golfo de Salerno, que se pierde á lo lejos mas allá

vencejo alpino no pone mas que una vez al año, al modo que lo hace su congénere el comun.

Ningun observador despreocupado puede dejar de experimentar una impresion profunda al ver el vencejo alpino al aire libre, impresion que se acrecienta considerablemente á causa de la grandiosidad y magnificencia del sitio, que constituye la morada habitual de esta ave de incansable vuelo. Léase la tan poética como interesante descripción que nos hace Bolle de su encuentro con el magnífico cipsélido en la isla de Ischia, en la tarde del 8 de junio. «*Tritetirrrrrrr*, dice él, resonó sobre mi cabeza en las serenas regiones del aire, y divisé luego una pareja de vencejos alpinos que allá en el fondo azul del firmamento se entretenían en perseguirse mutuamente.

»Era imposible desconocer el ave: el lugar, como tambien el tamaño y blanco vientre de la misma, me la dieron á conocer bien pronto. Sin cambiar de sitio, no tardé en ver otras varias: estas aves habitan en número considerable el peñascoso monte, cuya cima se halla coronada por el cas-

de las Sirenas, y apoyado sobre la pendiente buscaba, lleno de voluptuoso horror, el fondo del insondable abismo, sin acertar á ver otra cosa que la centelleante superficie del mar azulado, sobre la cual se deslizaba lentamente, como un punto imperceptible, una gaviota; entonces eran siempre los vencejos alpinos, los que me alegraban con sus gritos en aquel paraje solitario: ellos eran los que uniéndose debajo del peñasco, llamado el Salto de Tiberio, de unos 400 metros de altura, parecían burlarse de la ley de la gravedad.»

Tambien he visto yo al vencejo alpino en un país de imponente y grandioso aspecto, en la montaña de Montserrat, en Cataluña. El Montserrat es una montaña aislada que se levanta á unos 1,500 metros sobre el nivel del suelo que la rodea; está compuesta de millares de rocas de forma cónica y de la naturaleza mas extraña, las cuales colocadas unas sobre otras, se elevan por último, cual potentes obeliscos, estas al lado de aquellas y dejan entre sí abiertas profundas gargantas y espantosos precipicios. Desde lo alto del monte espaciase la mirada sobre una tan vasta como rica extension de territorio, hasta que el alma queda absorta en la contemplación del sublime espectáculo. Allá en los últimos confines del norte se ven brillar con fúlgido resplandor los altos picachos de los Pirineos cubiertos de nieve; hácia el este piérase la mirada en el azul oscuro del Mediterráneo, sobre cuya superficie se levantan á lo lejos las islas Baleares, envueltas en un velo de transparente bruma; y hácia las restantes partes descubren los ojos innumerables sierras y quebrados montes. En uno de aquellos altos obeliscos han estable-

cido una colonia los vencejos alpinos, los cuales comparten aquí gustosos su morada con los comunes. Ninguno de los expedicionarios y aficionados á las aves, que á la sazón me acompañaban, pudieron resistir al deseo de cazar á nuestras aves, que lanzando penetrantes gritos, volaban al rededor del *Caball Bernat*, nombre con que designa el pueblo un pedrusco tallado á manera de columna. Sus nidos se hallan contruidos en una especie de enorme torreón que se levanta á una regular altura sobre el pié de la pared escarpada del peñasco. Con el objeto de cazar á los vencejos, puse mis piés sobre el mencionado pedrusco, que unido al resto de la montaña por medio de una estrecha piedra colocada á modo de puente, se levanta como una isla en el mar, ó como la torre angular de una gigantesca fortaleza; y miraba desde aquí el fondo del inmenso abismo, que abriéndose debajo de mis piés, parecia venir á terminarse en el pedregoso valle atravesado por la ruidosa corriente del Llobregat.

En mi vida he sufrido vahidos, pero á pesar de esto no



Fig. 94.—EL VENCEJO COMUN

excepto en la época de sus emigraciones. Bolle asegura haber pasado muchas veces por mar cerca de la gran península peñascosa del monte Argentaro, en el sur de la Toscana, sin que á pesar de ser allí muy comun, hubiera parecido una sola vez revoloteando en torno del buque. Sin embargo esta ave merece el nombre de *rondone marino*, ó vencejo de mar, con que se le conoce en Toscana, pues habita con preferencia en los peñascos que se levantan á orillas del mismo, y en Italia no se le ve nunca en el interior de las ciudades como acontece en Suiza y Portugal. En el primero de los países citados penetra con frecuencia dentro de las grutas bajas y levanta luego su vuelo á través de las espumosas olas.

«Cuando el vencejo alpino se cierne en lo alto, su vuelo se asemeja bastante al del halcón: vuela durante largo rato, sin apenas mover las alas, y siguen luego dos vigorosos aleteos interrumpidos por rápidas bajadas en línea recta y oblicua. Las aves que componen la bandada, unas veces se dispersan y otras vuelven á juntarse, no siendo raro que se separe una pareja para remontarse jugando á mayor altura. Permanecen en continuo movimiento hasta cerrar por completo la noche; pero llegada esta hora, trasládase luego á otro sitio y se entregan á otro género de tareas: véselas cortar el aire con reposado y bajo vuelo, al modo de las golondrinas, sobre todas las granjas y los terrenos cultivados que se hallan cerca de la costa, especialmente sobre las huertas y viñedos: cada una caza por su propia cuenta, y sin jugar ya con sus compañeros, corren afanosa y silenciosa-

mente detrás de los insectos nocturnos, por los que sienten marcada predilección. Condúcese bajo este concepto de muy distinto modo que los vencejos comunes, los cuales cazan tambien á la misma hora, pero reunidos en bandadas y lanzando penetrantes gritos. A no ser su tamaño, las largas y puntiagudas alas y la región superior del pecho, de un tinte mas oscuro, pudiera tomárselos por golondrinas domésticas, á causa del color claro del vientre; ejecutan ejercicios, á la verdad, sorprendentes en el aire; páranse para coger la presa y no pocas veces se les ve cernirse: cuán inferior no parece, comparado con estas aves de raudo vuelo, el pequeño murciélago, que, tanto aquí como en las calles de Nápoles, revolotea muy á menudo durante las últimas horas de la tarde y á veces en pleno día.

El vencejo alpino no se atreve á penetrar mar adentro,

Ningun ave es en cambio mas torpe para moverse en la superficie plana del suelo, á donde caiga por casualidad, segun se desprende de las observaciones hechas por Girtanner. Llevado el vencejo alpino muy cerca del techo en una espaciosa sala, déjase caer; extiende luego rápidamente las alas, y se acerca á poca distancia del suelo, describiendo un arco bastante pronunciado; vuelve poco á poco á levantarse; describe unos cuantos círculos, y de pronto, como si pareciera faltarle el espacio indispensable para remontar su vuelo, se cuelga en cualquier punto. Repetido el experimento en una estancia de menores dimensiones, pudo notarse que el ave alcanzaba la pared opuesta antes de que pudiera elevar por segunda vez el vuelo; chocaba y caía siempre en tierra, desde la que no podia nunca levantarse. Azotaba el suelo